



EL AMOR A DIOS EN EL SUFISMO LA SEMILLA Y EL FRUTO

Por Héctor Ituarte

*“Oh devoto, si en verdad amas a Dios
¿Por qué miras con ojos anhelantes algo que no sea Él”*

Ansari

En todo sendero espiritual auténtico y por lo mismo, en cada tradición, el camino hacia Dios presenta dos aspectos que son complementarios y atienden a la naturaleza del discípulo y las capacidades básicas del ser humano. Las tradiciones nos dicen que la relación con Dios puede profundizarse por el intelecto o por la voluntad, lo que da lugar al camino del conocimiento y al sendero del amor. Lo que la tradición hindú llama bhakti es *mahabbah* (amor) en el Islam y el gnana corresponde al irfan (conocimiento) o *marifah*. Suele afirmarse que el camino musulmán es más gnóstico que devocional, pero se olvida que un gran sabio como Ibn Arabi coloca la estación del amor como la más elevada en el viaje del sufi. Y que aquellos

que fueron grandes enamorados de Dios como Hafiz, Rumi o Attar, demostraron un profundo conocimiento metafísico.

Estudios sobre historia de las religiones demuestran que la relación del hombre con Dios se establece sucesivamente a través de distintas actitudes desde que una enseñanza sagrada es revelada: temor, conocimiento y amor. Es como si el devoto fuera aproximándose a su Señor lentamente, al principio con reverencia ante el Misterio; luego profundizando en la comprensión del mensaje revelado; finalmente descubriendo que la Misericordia (*Rahman*) de Dios, Su Amor, es el secreto de la proximidad. Allah nos advierte; “Yo soy justo y misericordioso, pero mi misericordia está antes que mi justicia.” En estas etapas en el viaje hacia la Verdad, el temor origina el ascetismo, el conocimiento es la puerta del discernimiento, el amor da nacimiento a la entrega y la unión. Es un viaje progresivo, ascendente, desde la conciencia de la separación debido a nuestra ignorancia hasta la experiencia de unión con Dios, donde la Unidad o No-dualidad (*tawhid*) deja de ser un conocimiento y se vuelve una vivencia. El saber se torna sabor. La cumbre del amor a Dios es la entrega, *al-faná*, la extinción del ego; *al-baqá*, la subsistencia en Dios que es lo Único Real (*al-Haqq*).

Cuando se supera la etapa del ascetismo el sufi puede decir:

“La era del asceta pasó, el reinado del amor ha llegado, deja el camino de la divergencia, el tiempo del acuerdo ha llegado” (Javad Nurbakhsh).

Cuando se trasciende el conocimiento:

“Si aún ves la diferencia entre nombre y Nombreado, es que aún perteneces a los que están dispersos, lejos de los que viven la Unión.”

“Ven entra con nosotros en el Mar y deja el “yo” y el “Tú”, pues si no te conviertes en el Mar, no sabrás de la esencia de ese Mar” (Maqrebi)

Cuando se vive la Unión:

“Por dondequiera que mis pasos iban, Tú te manifestabas, en cualquier dirección que mirasen mis ojos, Tú te hacías visible.”

“En la Kaaba, en el templo, en el convento y en la iglesia les vi a todos buscándote, y el Aliento de la Vida eras Tú.”

Los tres yogas, *karma*, *jñâna* y *bhakti*, corresponden respectivamente el sufismo a *makhafah*, *marifah*, *mahabbah*, . Sabemos que el primero es preparatorio, purificador y ésa es también la función que cumple en el sufismo. A partir de esa

purificación se abren los otros dos senderos, y debemos insistir en que son complementarios y en verdad no existe uno sin el otro: no se puede amar lo que no se conoce y no es posible conocer lo que no se ama. Intelecto y voluntad van juntos, *gnana y bhakti, marifah y mahabbah*. Los sufíes emplean un ejemplo resplandeciente para ilustrarlo. El fuego da luz y calor simultáneamente y ambos no pueden separarse en realidad porque esa es la naturaleza del fuego. Sólo nuestra descripción los distingue. Así el calor del amor enciende la luz del conocimiento. La luz del conocimiento florece en amor iluminado. No hay en el fuego luz sin calor, ni calidez sin resplandor. No hay en el auténtico camino conocimiento sin amor, ni amor sin conocimiento.

Hablemos de Amor. En árabe amor se dice *hubb o mahabbah*, derivados de la raíz *h-b-b* que significa semilla, núcleo. De aquí proceden varios términos que nos pueden ir aclarando el sentido profundo del amor. *Hibbah* significa semillas, como fuente de vida. *Habb*, plural de *habbat*, es el núcleo del corazón donde reside el amor puro, que se dice *hubb*. *Habbat al-qalb* es literalmente el núcleo del corazón. Recordemos la tradición profética por la cual Allah dice:

“Ni todos los cielos ni toda la tierra pueden contenerme. Sólo el corazón de mi fiel me contiene.”

Amor, semilla, núcleo, corazón me están enseñando, si puedo comprenderlo, que el amor a Dios ha sido sembrado en el corazón del hombre, es una potencia que Dios sembró en nosotros y hay que hacerla germinar, desarrollarse, florecer. Amamos a Dios con el amor que El mismo sembró en nosotros. Toda tradición espiritual sabe que *“Dios nos amó primero”*, como dice Juan en el Evangelio (4:19): *“Nosotros amamos porque El nos amó primero”*, y a partir de esta certeza el amor se convierte en el camino más rápido para llegar a él: *“Cuando mi siervo viene hacia Mí caminando, yo voy hacia él corriendo”* dice Allah. Si el anhelo de Dios está bien guiado, tiene un solo propósito porque hay una sola Realidad.

¿Cómo nutrimos esa semilla, ese amor que está en el núcleo de nuestro corazón? Mediante el dhikr Allah, la oración, el recuerdo de Dios. La gracia del amor divino nos pide el esfuerzo del recuerdo de Dios. Por eso el sufí mantiene esa disciplina del dhikr más allá de las oraciones formales y obligatorias del Islam y el resultado es una promesa del mismo Dios: *“... Mi adorador no cesa de acercarse a Mí hasta que Yo lo amo, y cuando Yo lo amo Yo soy el oído por el que oye, la vista por la que ve, la mano con la que toma y el pie con el que camina...”*. Dios, Allah, es Uno y Único, la Realidad. Cuando el místico declara *la illaha illa Allah* y dice no hay otro dios que Dios, el sufí puede decir *“no hay otro distinto del Amado”*. . El que ama, no

ve a otro que al Amado. ¿A quién va a recordar el amante, el enamorado de Dios, si no al Amado? No hay lugar en su corazón para otro distinto que Dios. El Profeta decía que tenemos un sólo corazón.

El Corán dice: “*Dios los ama, y ellos Le aman*” (5:54). En el sufismo fueron las mujeres quienes introdujeron el tema y se convirtieron en maestras de la Vía del Amor . Hayyuna, Sawana y otras, pero fue Rabia al Adawiya la que aportó tal ardor espiritual a la Vía que a partir de ella el sufismo se convirtió en una profunda vivencia del Amor Infinito de Dios. “*Mi cuerpo acompaña al discípulo, pero mi Amado, en el corazón es el que me acompaña*”. Entre los sufíes Samnun ibn Hanza fue llamado el consagrado al amor, al que consideraba un rango superior al conocimiento supremo. Se cuenta que sus sermones sobre el Amor tenían tal pasión que las lámparas de la mezquita estallaban cuando hablaba. Sari Saqati fue el maestro de Junaid, quien reflexionó sobre el Amor y su poder alquímico dentro del camino del sufismo y a partir de Junaid fue tema de meditación de los místicos del Islam. Para al-Sarraij, por ejemplo, el amor es el gusto que se adhiere al paladar de los que están cerca de Dios. Según el Imán al-Yilani el amor es una señal de la cercanía (*qurb*) y culmina en el encuentro amoroso (*Wusul*), el éxtasis. Entonces la existencia entera pasa a manifestar la Presencia de Dios (*al Hadra al Ilahia*).

Yilani insiste en la iniciativa divina, y citando sus palabras dice que el *Hubb Allah* o *Mahabbah Allah* es la inquietud arrebatadora que Dios deposita en los corazones de modo que el mundo se torna insuficiente y el afortunado en que ese Amor se instala contempla la existencia como un cortejo fúnebre porque tiene su ser centrado en el Infinito y el Amor de Dios se ha apoderado del peregrino. Los sufíes adoptaron otro vocablo para este amor intenso, *Ishq*, que es deseo, nostalgia, amor apasionado por Dios. Es la pasión sublimada en actitud de adoración que a veces puede volverse aparentemente desequilibrada desde una perspectiva racional, como cuando en la tradición hindú hablamos de “los locos por Dios”. Con los sufíes, sobre todo los persas, el ardor amoroso de *ishq*, a pesar de cierta resistencia, se convirtió en parte natural de la vida de la fe, como un desarrollo natural del más moderado *hubb* o *mahabbha*, que menciona el Corán. *Ishq* no es un término coránico. Parece que fue Al-Hallaj quien sustituyó el término *mahabbha* por *isqh* para expresar el “deseo esencial de Dios” y el amor de Dios como atributo esencial que inunda el corazón del místico. El amor entonces ya no es más una expresión de gratitud por las bendiciones de Dios, ni se contenta con el ascetismo y las observaciones rituales. Ahora es una necesidad intensa y absoluta del encuentro con el Amado. Amor, amante y Amado realizan (“hacen real”) la Unidad. Es la Suprema Iden-

tividad, el único Conocimiento y el conocimiento del Único. El Amor como culminación del Conocimiento. En palabras de Ibn Arabi:

“Cuando aparece mi Amado, ¿con qué ojo he de mirarle? Con el suyo. no con el mío, porque nadie Le ve, sino Él mismo.”

El ascetismo ahora es una consecuencia natural del amor auténtico, pues si este es una dedicación absoluta e incondicionada hacia el Amado, su primer signo será la austeridad, la renuncia a todo lo superfluo, el abandono de lo innecesario, la falta de interés por lo insustancial e impermanente. El amor a Allah, la devoción intensa por Dios, libera al ser humano y lo eleva por encima del estado de sujeción a las cosas del mundo. El amante verdadero deja todo lo que no sea su Amado. La austeridad o *Suhd* consiste en abandonar los apegos y dependencias. Es difícil desprenderse de las necesidades irreales, la dependencia de la opinión de los demás, los miedos, las esperanzas, las ilusiones, la fascinación por las riquezas, el poder, etc., todo esto que los sufíes llaman criteriosamente *fantasmas*¹ que engendran temor, cobardía, envidia, avidez, etc. Hay que combatir estos afectos, dependencias o fantasmas, apenas aparezcan sus signos. Cuando el corazón del sufi está lleno de amor por Dios, desaparece ante él todo lo que no es el Creador.

El verdadero devoto va aún más allá: primero se renuncia al mundo y luego se renuncia al Paraíso, porque lo que ama es a Dios mismo. Al -Yilani enseñó:

“Sólo hay que dar dos pasos. Con el primero se renuncia al mundo. Con el segundo te dejas atrás a ti mismo. Entonces estarás frente a tu Señor”.

Lo que quiere decir que hay que dejar atrás aún la aspiración espiritual, para darle espacio sólo a Dios. En forma análoga los hindúes dirán que hay que abandonar el deseo de liberación para sumergirse en el océano de Brahman. Esta doble renuncia en el sufismo se describe bellamente como *desprenderse de las dos sandalias*. Al entrar en una mezquita, dicen los sufíes, se quita uno los dos calzados, el del mundo y el del Más Allá, para caminar descalzo en la alfombra de la intimidad con Allah.

El mundo inmediato que los sufíes llaman *dunyá* y todo lo que contiene es un velo, y el deseo del Paraíso como símbolo de la ambición espiritual también es un velo. Hay que trascenderlos a ambos, renunciando a todo lo que no sea Dios mismo. El ascetismo no consiste en retirarse a una caverna, renunciar al trato con el prójimo o rechazar el mundo. Los sufíes dicen que “la renuncia no es rudeza”. Debe producirse en el corazón. La renuncia verdadera es la de quien *ha dejado de depender de*

las cosas sin que tenga que huir de ellas. Lo expresa una delicada sentencia sufi:

“Pon el mundo en tus manos, pero no lo pongas en tu corazón, y entonces no te causará ningún daño”.

Retomando las afirmaciones del comienzo sobre el origen del amor a Dios citemos a Ahmad Qazali ²:

La realidad del Amor es la del Eterno mismo. La semilla del Amor de Dios [hacia Sus criaturas] la plantaron en la tierra [del corazón] de la criatura. La fruta de esta semilla es el Amor del enamorado [hacia Dios]. Ciertamente, la fruta es de la misma naturaleza que la semilla.

También Qazali nos recuerda la relación entre el *tawhid*, la Unidad Divina, y el Amor.

Él es el sol, y Él es el cielo. Él es el cielo, y Él es la tierra. Él es el Amado, Él es el enamorado, y Él es el Amor. Ya que el Amado y el enamorado derivan del mismo Amor. Cuando lo relativo y sus derivaciones se desvanecen, no queda sino la Unicidad esencial.

En este sendero de amor a Dios, el sufismo trasciende todas las formas, va más allá de las religiones, porque la búsqueda

da de la Unidad, justamente borra todos los límites, definiciones y clasificaciones, para entregarse a lo Único Real. Esta es la esencia del Amor a Dios y así lo describe Rumi en su hermosa afirmación universalista de la Unidad:

¿Qué hacer, oh musulmanes? Puesto que no me reconozco a mí mismo.

No soy ni cristiano, ni judío, ni parsi, ni musulmán; no soy ni de Oriente ni de Occidente, ni de la tierra ni del mar; no provengo de la naturaleza ni de los cielos en su revolución.

No soy de tierra, ni de agua, ni de aire, ni de fuego, no soy de las esferas celestes ni del polvo; ni de la existencia ni de la esencia.

No soy de este mundo, ni del otro, ni del paraíso ni del infierno, no soy ni de Adán, ni de Eva, ni del Edén, ni de Rizwan.

Mi lugar es no tener lugar, mi huella es no tener huella; no es el cuerpo ni es el alma, ya que pertenezco al alma del Bienamado.

He renunciado a la dualidad, he visto que los dos mundos son uno; Busco Uno solo, sé Uno solo, veo Uno solo, Llamo a Uno solo.

Es el Primero, es el Último, es el Manifestado, es el Oculto; lo único que sé es ¡“oh Él”! y “ioh, Él que es”!

Me he embriagado con la copa del amor, no sé qué hacer con los dos mundos; mi único fin es la embriaguez y el éxtasis.

Si acaso hubiera pasado un solo instante de mi vida sin ti, desde este momento y este instante me arrepiento.

Si acaso obtuviera en este mundo un solo momento contigo, haría caso omiso de los dos mundos, danzaría triunfalmente por siempre jamás.

*Por el Prof. Héctor Ituarte
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

1 *Tassawuff, Introducción al Sufismo, Abderramán Mohamed Maanán, Almuzara.*

2 *Ahmad Casale y el Amor, Reza Ghasemi, Revista Sufi Nro. 6”*